

SANTIAGO MADRIGAL, S.J. *

PALABRAS DE CLAUSURA DE LAS JORNADAS DE TEOLOGÍA EN EL CENTENARIO DE KARL RAHNER

En este momento y a la hora de pronunciar unas palabras de clausura oficial de estas Jornadas quisiera evocar, en primer término, lo que H. Fries escribía a H. Vorgrimler, uno de los compañeros y colaboradores más íntimos de K. Rahner: «Nunca debe ser olvidado el más grande testigo de la fe de nuestro tiempo». Quisiera también en este momento hacerles saber que fue nuestra primera intención invitar a estas sesiones al mismo H. Vorgrimler, cuya última obra sobre Rahner apareció a finales de la pasada primavera publicada casi al mismo tiempo en alemán y en castellano con el título de *Karl Rahner. Experiencia de Dios en su vida y pensamiento*. En su respuesta por e-mail, del 5 de julio, desde la clínica universitaria en la que ahora reside este profesor emérito y trabaja como capellán, declinaba la invitación expresando cordiales motivos de agradecimiento en los términos siguientes: «Es ist eine grosse Ehre und Freude für mich, eine Einladung von der berühmten Universität von Comillas bekommen zu haben. Mein Lehrer und Freund Karl Rahner hat mir mit Begeisterung von Ihrer Universität erzählt. Zu meinem grossen Schmerz kann ich nicht zu Ihnen kommen. Ich habe zu jener Zeit Exerzitien

* Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

zu geben in unserem Karmel, die ich schon vor zwei Jahren zugesagt habe. Bitte, entschuldigen Sie daher meine Absage. Ihnen und Ihrer Fakultät sowie dem Kongress sende ich die allerbesten Wünsche».

Bajo estos auspicios de H. Vorgrimler han transcurrido felizmente estas dos tardes dedicadas, en el año que celebramos el centenario del nacimiento de Rahner, a glosar y recordar la actualidad de su pensamiento y de su teología, a hacer patente que existe un profundo misterio de fecundidad después de la muerte de un ser humano cuando éste ha realizado una obra verdaderamente creadora en el campo del espíritu. Por un momento, podría parecer que la mayor parte de lo realizado y de lo vivido perteneciera al pasado, y quedara de este modo asido a la negra espalda del tiempo. Sin embargo, este retirarse de lo meramente actual es precisamente lo que hará visible y pondrá al descubierto la verdadera categoría humana de un personaje, de manera que su obra seguirá siendo memorable mucho más allá de su finitud para hacer relucir algo del fulgor de la verdad.

Quisiera, por consiguiente, resaltar algunos aspectos de lo más memorable y que, con gran competencia, han puesto de relieve ya nuestros conferenciantes y quienes han participado en las mesas redondas. Pero antes que nada les quiero expresar a ellos un profundo agradecimiento: a los profesores A. Cordovilla y G. Uríbarri, a S. Arzubialde, a P. Rodríguez Panizo y a J. R. García-Murga, de manera muy especial, a G. Zarazaga y a M. Schulz. Es cierto que los jesuitas tenemos contraída una gran deuda con Karl Rahner y pecaríamos de omisión si no lo diéramos a conocer. Para concluir voy a presentar rápidamente algunos rasgos de la grandeza de su pensamiento con ayuda de la misma lección doctoral pronunciada por K. Rahner en nuestra Universidad, el 31 de mayo de 1974, sobre el *Significado actual de Santo Tomás*, cuando le fue conferido el doctorado *honoris causa* en Teología:

1. La teología de Rahner, del teólogo sistemático puro, a pesar de toda su erudición y por encima de ella, está anclada en una gran experiencia de fe; este hombre, dotado ciertamente de un talento filosófico nada común, exhibe siempre una profunda actitud creyente asociada a una insobornable pasión por el Dios incomprensible. La experiencia filosófica del Dios lejano, inaccesible y silente se ve desbordada por la experiencia cristiana de la inefable cercanía de su misterio en la gracia de Cristo que perdona y da cobijo. Vale para él ese rasgo de la fisonomía intelectual que en su lección doc-

toral atribuyó al Aquinate: «Su teología es su vida espiritual, y su vida espiritual es su teología. Él piensa la teología, porque la necesita en su vida espiritual como uno de sus presupuestos más esenciales; la piensa de tal manera, que pueda ser realmente significativa también desde un punto de vista existencial».

2. K. Rahner nos enseña que la teología se plantea siempre nuevas preguntas acerca de la Palabra que ya está dada en la Iglesia, que busca siempre, más allá de preguntas parciales y particulares, la verdad del ser humano como totalidad ante el destino de la finitud humana, del fracaso en este mundo, del drama de la cruz. Y, volviendo a las páginas de su lección doctoral, también habló de esa objetiva lucidez de una teología que «se encuentra condicionada por la situación intelectual y eclesial», pero que no sucumbe a las modas del momento o a las necesidades del tiempo.
3. El pensamiento de K. Rahner ha sido expresado en frases largas, intrincadas, con sucesivas y delicadas diferenciaciones, en espiral; pero al mismo tiempo hay que reconocer que su reflexión está arraigada sobre el suelo bíblico, que es constante su cercanía al mundo de los hombres y su experiencia está empapada de historia. El entrevió y sostuvo tercamente la indisoluble interdependencia del amor a Dios y del amor al prójimo, que bien se puede poner en relación con el texto del Eclesiástico: «El Señor es un Dios justo que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansa; no cesa hasta que Dios le atiende y el juez justo le hace justicia» (35,15-17.20-22).
4. En suma: Karl Rahner buscó durante toda su vida la luz de la verdad y del misterio para otros y para sí mismo, y encontró esa luz en Dios. La teología tendría el objetivo de «hacer salir al hombre de la abarcable claridad de su existencia para introducirlo en el misterio de Dios». «En el fondo hay un solo misterio: que la incomprendibilidad de Dios, en la que Él es Dios, se nos da no sólo como la lejanía y el horizonte en los que se mueve nuestra existencia, como el punto que se encuentra de manera asintótica en el infinito (...); sino que además este Dios, permaneciendo así, se nos entrega en contacto inmediato, con lo cual él mismo viene a ser

la realidad más íntima de nuestra existencia» (*Sacramentum mundi*, IV, 715). Por eso, quizás también vale para él lo que decía de Tomás de Aquino: que «es el místico de la adoración del misterio más allá de toda posibilidad de expresión». Tenemos que escucharlo en este año y en esta hora.